



*la*  
**Corrupción**  
*de la*  
**Mirada**

**Mariano Gitans**



## PRE

Este es el primer volumen de una serie de brevariarios sobre temas y géneros diversos, sin ninguna relación unos con otros, simplemente divertimentos azarosos y algo compulsivos, destinados principalmente al desarrollo de la literatura como tal.

Quizás experimentos, experiencias, expresiones de ideas incompletas, inacabadas, sin propósito alguno, o con un propósito definido, ¿quién sabe?

A veces me vienen a la mente imágenes y sensaciones indefinidas, pero de gran fuerza, y este método es quizás el único para dejarlas plasmadas de alguna forma, para que no se pierdan en el vacío de la memoria.

Escribir por escribir... Leer por leer... Vivir por... ¿vivir? Eso sería trágico, pues sin un propósito la vida carece de sentido,

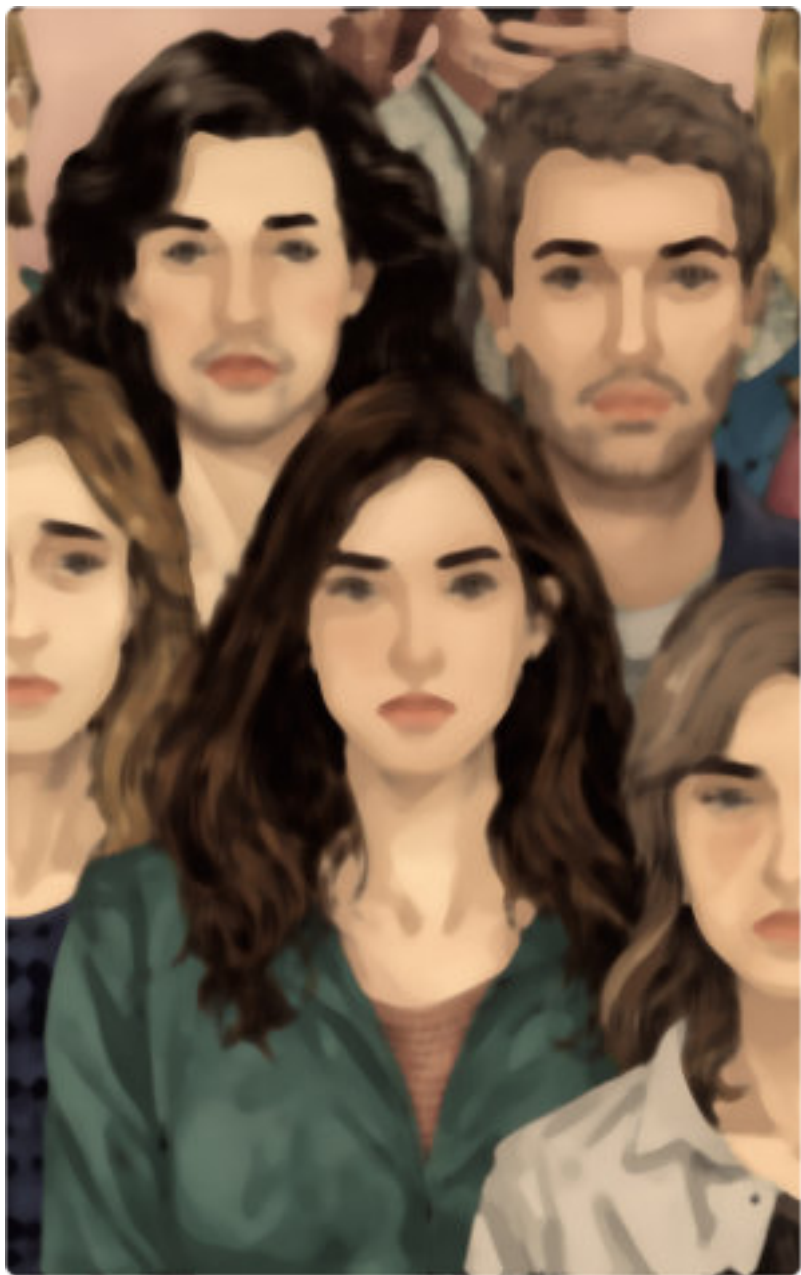
pero, a la vez, ¿qué sentido puede tener un propósito? La cuestión es no «vegetar», no dejar que nuestra existencia carezca de sensaciones capaces de prevalecer sobre nuestro cuerpo incoloro.

Soy el instrumento de mi propia imaginación, un creador-creado que se resiste a ser sólo polvo cósmico, aunque tampoco quiero ser estrella; me basta con ser un pequeño planeta, pequeñito, donde poder residir con mis sombras y siluetas, sin tener que dar explicaciones, porque las explicaciones destruyen el sentido.

Lo siento...

Si no me soportan, no me lean, pero si no me leen, jamás comprenderán el por qué. ¿De qué? No importa.

Realmente, nada importa, salvo mi pequeñito mundo...



## UNO

No sé si los demás se dan cuenta y no me importa. Suficiente es con tener que cargar con este enorme peso sin poder confiar en nadie, porque no podemos entregar nuestras inquietudes a cualquiera. Quizás a ninguno... Quién sabe...

La importancia de nuestros valores depende de la forma en que los vivimos y como la mayoría no tiene valores, no puede vivirlos, por lo que no hace otra cosa que tambalearse en el vacío. Y no se dan cuenta. No tienen la sensibilidad necesaria para descubrir que ahí, bajo la piel, tan delgada, casi transparente, bulle una enorme cantidad de sensaciones que están esperando que uno las desate, la vuelque, las vapulee, lo que sucede en contadas personas capaces de sajar su vida con el cuchillo de la sinceridad, un cuchillo muy filoso, pero siempre certero, que da unos golpes maravillosos, claros, haciendo que

nuestra vida reviente en esa sangre vitalizante que nos obliga a preguntarnos ¿por qué?

Quién sabe... pero es bueno preguntárselo, aunque no haya respuesta, porque finalmente las respuestas no dicen mucho, generalmente lo que queremos oír y si no, las consideramos erróneas. Pero queremos respuestas, aunque no digan nada, aunque ensucien, porque necesitamos seguridad, control... Control... Esa es una palabra sucia y mentirosa, una palabra indecente, porque nos hace creer que somos algo, que podemos lo imposible, lo intangible, cuando la verdad es que no hacemos más que navegar a la deriva en un *mar de calamidades*. Aunque nada de eso tiene real importancia, no nos dice nada ni justifica cosa alguna, porque lo que vamos descubriendo con cada pasito que damos en la vida es que no existen las justificaciones, que no son sino un invento de nuestra

vanidad para poder seguir sintiéndose segura, poseedora de los dones de la belleza, la pureza y la verdad.

Nuestra persecución es siempre esa, conquistar la belleza, la pureza y la verdad, pero ¿dónde están? Esa es nuestra obsesión, la mía por lo menos, aunque sé que no puedo asegurar que algo sea bello, puro o veraz; puedo asegurar, eso sí, que lo es para mí y, por lo mismo, puede serlo para otros, los que son como yo o quieren serlo, aunque no se los recomiendo. No es bueno luchar contra sí mismo por encontrar caminos que, en verdad, no llevan a donde uno quiere ir, así que lo primero es decidir no querer ir a ninguna parte, porque ¿para qué? Nos tenemos a nosotros y podemos viajar esos viajes terribles y deliciosos por nuestro interior desconocido, completamente, pero no hacemos el esfuerzo de la navegación, de tomar el timón y decirle al viento:

—¡Sopla, maldición! Sopla en mi interior, mueve lo que está quieto, desata lo que está atado, vuelca todo al

revés, porque así quizás sea posible descubrir, en ese vendaval, la fuerza suficiente para poder soportar el terror y la alegría de estar vivo.

¿Importa algo más?

Como alguien me dijo en alguna ocasión —y no sé si eso sea cierto porque muchas veces uno cree haber oído algo de alguien cuando en realidad fue uno mismo quien lo dijo, pero lo transferimos para darle una vigencia absoluta—, «vivir es torcer el camino»; no se vive siguiendo el camino recto, haciendo lo que se espera que hagas, cumpliendo con los cumplimientos, respetando las normas impuestas ni imponiendo normas a los otros. Vivimos cuando somos capaces de dar vuelta nuestro yo, lo sacudimos, dejamos caer las pelusas y la alimañas, le damos una buena planchada para estirar esos molestos pliegues que se llenan de mugre —como el ombligo, una parte de nuestro cuerpo tan importante para la mayoría— y nos decimos, mirándonos directamente al ego:

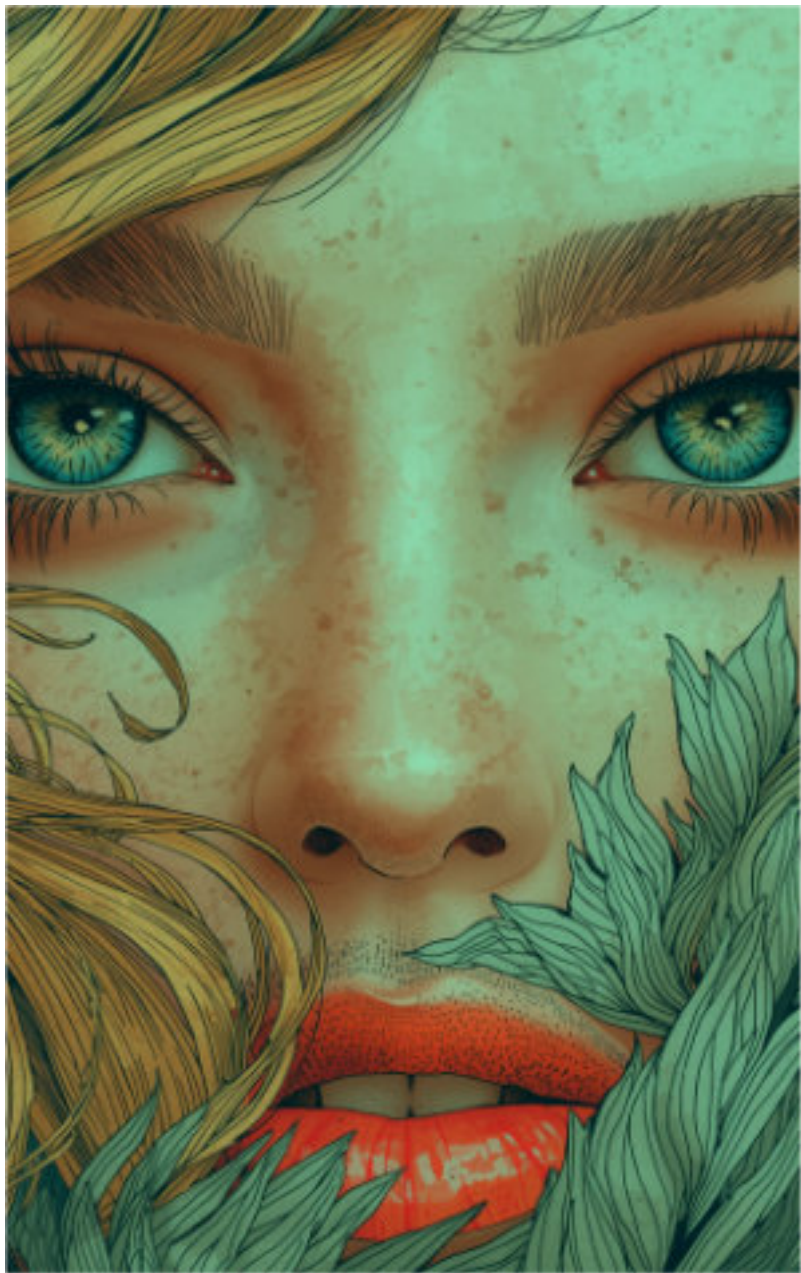
—¡Eres nada, maldita sea! Un reflejo molesto, pedante y vicioso, que simplemente quiere adueñarse de lo que es mío y no te pertenece.

Porque el ego es ajeno, es el otro, el protervo.

Y así, luego de cumplir con aquella loable tarea,

podemos sentirnos satisfechos, honrados con nuestra propia valentía y honestidad, y comenzar, por fin, a ver con los ojos de la imaginación, que es la única que realmente vive, sabe vivir y sabe morir.

«vivir es torcer el camino»;  
no se vive siguiendo el  
camino recto, haciendo lo  
que se espera que hagas,  
cumpliendo con los  
cumplimientos, respetando  
las normas impuestas ni  
imponiendo normas a los  
otros.



## DOS

Vamos de a poco.

Belleza: ¿qué es lo que te convierte en tal cosa?

No eres tú lo bello, sino mi mirada.

Son los ojos de mi deseo, de mi placer, de mi necesidad, los que te dan vida y te convierten en «algo», cuando, de hecho, eres nada. Sin mi mirada no existes.

Muchos admiran la Mona Lisa porque vale millones. No entienden. No podrían entenderlo. Cuando el dinero pone su sello en algo, destruye su esencia. Por eso la belleza, tal como hoy se la entiende, no es nada más que apariencia, fórmula, un maniquí bien vestido, la mona vestida de seda, de armiño, de uniforme, o desnuda, lo que es peor.

Eres belleza para mí, por mí, conmigo. Nadie más. Sin mi mirada pierdes tu poder. La Venus de Cnido,

con ese cuerpo andrógino, es bella, porque me lo parece. Para otro es nada más que desnudez, incluso lascivia. Para mí eres bella, porque eres más que apariencia: eres la imaginación de uno que crea, que cree, que vive... o vivió en algún momento, triste o alegremente, ambas cosas con mayor probabilidad, razón por la cual pudo crearte.

Cada cosa que se mete en mi pupila y me hace suspirar es una cosa bella, aunque sólo sea una cosa. Las cosas no son malas; son el resultado de la falta de palabras y nada más y si nos faltan palabras es porque estamos frente a lo infinito.

Por eso no es malo «cosificar»: es como construir sin propósito, esperando que el resultado sea un resultado, sin intención, sin intentarlo.

Yo también soy una «cosa» —por supuesto no bella—,

algo insignificante que se agita en el infinito como queriendo decir «¡aquí estoy!», aunque probablemente a nada ni a nadie le importe. No importa. Soy una cosa... Soy algo...

Y lo bello siempre es «algo» para alguien.

Porque la belleza, la auténtica, nos altera y, de alguna forma, nos corrompe, pues no hace desear más de aquello que no está a nuestro alcance porque no es humano: por eso los antiguos crearon a los dioses, por eso el arte y la creatividad dependía de las Musas, aquellas hembras caprichosas que te tocaban con su dedo magnífico y te convertían en un creador, teniendo que arrastrar, a partir de entonces, una existencia mortificada por los enigmas, por los secretos de lo inefable. Porque toda belleza es un enigma, es la expresión de lo que no puede ser... de lo que no debe ser...

Lo bello muere en la indiferencia, deja de ser bello, deja de ser... La indiferencia es el pecado

mortal de los pusilánimes. Pero sin indiferencia la Libertad no sería posible. ¿Cómo conjugar lo correcto y lo incorrecto en una sola expresión?

Pues, a través de lo bello.

Y como lo bello es mío, de nadie más, soy indiferente a las opiniones contrarias y eso, así, tal cual, es la Libertad.

Puedo compartir mis emociones cuando me sobrecojo ante una obra de Rembrandt y quien la comparte, comparte el influjo pero jamás la emoción.

Lo bello trasciende... ¿a qué? A lo humano, porque lo humano es feo. La belleza es el disparo que nuestro espíritu hace hacia el infinito esperando que el proyectil viaje, imperecederamente, hacia un destino que desconocemos, que no queremos conocer, porque en el momento en que el proyectil pierde su fuerza y cae, cae también lo bello.

Lo feo es siempre una caída: lo bello es siempre una elevación. Incluso

cuando lo feo se convierte en algo bello no deja de ser feo, sino que cambia nuestros ojos.

¿Qué es lo bello? Simplemente aquello que agrega un latido más a tu corazón.

Ya lo dije: lo humano es feo, lo sabemos, nos disgusta, nos atormenta, por lo que buscamos en la expresión aquello que nos muestre mejor de cómo somos, como quisiéramos ser, pero no podemos ¿o no queremos?

Buscamos la belleza afuera, la que tienen otros, la que crean otros, sin darnos cuenta de que lo que buscamos no es más que lo nuestro, lo interior, representado en lo externo, como formando parte del cosmos. Porque queremos ser parte del todo sin dejar de ser lo que somos, el grano de arena en la playa, la hoja en el bosque, la gota de agua en la lluvia... el individuo en la muchedumbre...

Queremos ser lo insignificante con significado.

Por eso creamos Arte, porque soñamos con lo imposible. El Arte es imposible, no existe; es nuestro sueño por ser otra cosa, diferente a lo que somos porque no nos agradamos. Luchamos por la diferencia, luchamos por la excelencia y cuando nos proyectamos en el Arte no hacemos sino buscar un refugio para nuestra dolorida mediocridad.

El humano es una anomalía porque perdió su camino; transita sin sentido, persiguiendo quimeras y cimentando naderías. Todo ello porque no ha descubierto el tenebroso secreto de su defecto, simple pero definitivo, irreversible quizás: estamos sujetos a la tiranía de la emoción que no es más que tormenta.

Nos embargan las lágrimas y la risa y nos asusta la quietud y el silencio. Necesitamos de las tormentas para sentirnos vivos, aunque los huracanes sólo destruyen. Y siempre zozobramos.

De cualquier forma, finalmente todo nos corrompe, no porque sea

malo sino porque somos corrompibles.

Incluso la belleza corrompe con su seducción, nos incita, nos excita y nos atenaza. Y en esas tenazas de la belleza encontramos ese sadomasoquismo corrupto que nos hace vibrar porque vibrar es lo nuestro, lo humano. No concebimos la vida sin los estremecimientos de la emoción y cuando no poseemos la magia de la sensibilidad, nos apabullamos con vulgaridades y griterías porque necesitamos acallar el vacío de nuestras emociones. Porque las emociones son vacías; son el agujero negro de lo humano que lo consume todo y no deja más que vacío.

¿No es la belleza una emoción? Evidentemente, pero las emociones sólo son excelsas cuando no son tormentas, cuando son fibras sensibles, pequeñas, menuditas, que se avergüenzan de sí mismas, como el perrito de Maïakovsky.

Cuando escapamos de los tornados del espíritu

comenzamos a ver en realidad, con certeza, y comenzamos a sentir en realidad, con la fuerza de nuestras pequeñas alegrías.

Queremos abrasarnos en el fragor de lo estentóreo y nos calcinamos sin destino. Cuando vemos nuestras cenizas descubrimos que todo se convirtió en humo. En cambio, en la suavidad de mi quietud, puedo sentir como se me eriza la piel y eso es más que suficiente. No necesito de la hoguera; me basta con un rayito de sol.

Porque la belleza no es estruendosa pasión, sino deleitosa parsimonia. La pasión arrolladora no produce belleza; se necesita de la calma y la inteligencia para producir una cosa bella. Las hogueras se extinguen; el amor sereno perdura. La belleza, para cuajar en el tiempo, requiere de esa serenidad, aunque su expresión sea voluptuosa.

Caminar por el Arte debe ser un paseo, no una cabalgata.

Amo la belleza porque es mía; soy yo en ella, en una

unión íntima, donde todo va tomando forma con el tiempo y la disciplina. Lo demás, no es más que carga de caballería.

Lo bello odia al «público»; ama a aquel que puede ver, sentir, oler, escuchar. Saborear. Es como una brisa que sólo aprecia quien la percibe; para los demás no es más que aire en movimiento.

Y lo bello es inmortal porque está muerto. Pero no es una muerte trágica, pues sólo muere su momento; su espíritu navega por el tiempo como un espectro que resucita cada vez que alguien *acaricia su ensueño*.

Lo bello nos rodea, está en todas partes, disimulado en lo habitual, incluso en lo prosaico. Cuando fijamos la invisible llamarada de nuestros ojos en un detalle, descubrimos su existencia y nos descubrimos a nosotros mismos en esa existencia y existimos para observar.

Sólo hay que estar atentos, dejar de mirar sin ver, comenzar a observar con el espíritu, desarrollar los tentáculos de la sensibilidad

que alcanzan las más insondables distancias y los más discretos lugares.

Porque lo bello es siempre clandestino: nunca respeta la norma, nunca se inclina ante lo humano, sino que se desliza por los vericuetos del deseo y la ilusión, del goce y la ficción. Jamás sigue los pasos de nadie; tuerce su camino para ser bello, porque ser bello es ser único y para ser único se ha torcer el camino.

¡Inclínate, oh simple humano, ante lo bello! Inclínate ante ti mismo, porque siendo simple puedes subir a las cumbres de la belleza. En el preciso momento en que tu piel se inflama has hecho el más importante de tus descubrimientos: que la belleza está en tu interior, que lo bello no es bello porque alguien lo proclame, sino porque inflama tu piel.

Así, la belleza nace, crece y se eterniza, porque es parte de la vida, que es eterna, incluso ante la muerte, porque lo bello no puede morir pues está muerto y la muerte no puede matarse a sí misma sino renaciendo.

¿Y quién la podría apreciar en la muerte, preguntaréis?

Pues la muerte misma porque al existir no puede estar muerta y la vida no es más que un trocito de belleza que ha logrado escabullirse de su prisión silenciosa.

¿Es que es posible que exista lo bello en vida si no ha sido engendrado en el misterio fatal de la soledad? ¿Y no es la soledad una muerte temporal donde el hombre se condena a sí mismo para poder parir lo bello?

La muerte no es más que un punto de vista...

Lo bello es el mensaje vivo de los condenados a morir por amor a su propia identidad.

Y así, paso a paso, risa y llanto, vamos creando lo bello que es nuestro, lo nuestro que es bello, inundando nuestro interior con las risas y las lágrimas

de las sensaciones libres. Nada más podemos hacer por nosotros mismos que valga la pena que no sea crear lo bello, porque es nuestro alimento real, el verdadero nutriente de la vida, que da vida en la muerte, que muere para ser vida más allá de lo mortal.

La belleza corona nuestra esencia, es el manto de armiño que los pobres creadores colocan sobre los andrajos de su humana existencia, convirtiéndose en soberanos de su propia identidad.

Solo así podemos «ser»; todo lo demás es simple bullicio, malabarismos vacíos, que ruedan hacia el vacío, vulgaridades de mentes insinceras, tragedias de papel.

Sin belleza, sin esa flama interior, el humano no es más que un accidente insignificante; con belleza, somos el Universo contenido en un espasmo, el Big Bang de lo absoluto.

Buscamos la belleza afuera, la que tienen otros, la que crean otros, sin darnos cuenta de que lo que buscamos no es más que lo nuestro, lo interior, representado en lo externo, como formando parte del cosmos.



## TRES

¿Qué es la pureza?

Una mirada sincera, una palabra amistosa, un aliento cálido, un amanecer desnudo, un abrazo seguro, una risa limpia, una lágrima emocionada, un consejo desinteresado, el camino invisible de las aves, el desplome de la vanidad, el asesinato de la codicia, la destrucción del YO mezquino, un pensamiento placentero, un sentimiento fraternal, una noche generosa, un llanto misericordioso...

Y todo eso es gratis...

No hay pureza en la obligatoriedad.

No hay pureza en la prohibición. No hay pureza en la abstinencia. La pureza es el premio a la honesta decisión silenciosa.

No hay pureza en las acciones sino en el pensamiento benéfico y generoso que las guía. Tampoco hay pureza en la

inacción, que es la cobardía de los sentidos. Durante siglos hemos perseguido la pureza en el dolor y el sacrificio, dolor y sacrificio que no generan más que locuras y desatinos; perseguimos al ídolo equivocado, creyendo encontrarlo en lo que nos hace infelices, pero la pureza sólo es pureza en la alegría, en el goce, en las infinitas formas del placer humano que se revela siempre en contra de los tortuosos, los que torturan la vida y su infinita variedad, los que desperdigan su espíritu en miserables partículas de odio y rencor en contra de todo aquello que no entra en su mezquino entendimiento; los que odian la variedad y quisieran me-ternos a todos en el estuche oscuro y fétido de sus pensamientos tortuosos, los que promueven la quietud de espíritu en contra de la exigencia del espíritu mismo siempre inquieto, los que proclaman la calma de

los charcos, los que quisieran convertir a sociedad en una pocilga de estatuas contrahechas, los que no saben vivir ni quieren que nadie lo sepa.

Soy puro porque no quiero que los demás sean como yo, vivan como yo, piensen como yo; soy puro porque disfruto de la vida como es, de la gente como es, de mis sensaciones y pensamientos porque son míos y de nadie más.

La pureza no se conquista; la llevamos en nosotros y sólo tenemos que dejarla florecer a través de la mirada sincera, rechazando el juicio categórico, la opinión recalcitrante.

Lo puro no puede ser doloroso, porque el dolor es la consecuencia de nuestra falta de pureza. Quien es puro no sufre: ríe, goza y disfruta de cada cosa y cada momento porque ve con los ojos de la alegría.

La pureza no es un propósito: es el síntoma de la felicidad, de la armonía, de la gratitud, de la generosidad, de la bondad, de la calidad humana en todos sus aspectos. Es la

consecuencia de ser mejores. Quienes ríen y gozan de la vida, generosa y buenamente, son los verdaderos «puros», porque cultivan aquella flor que sólo puede vivir en la fecunda tierra de lo «nuestro», de lo que nos pertenece a todos, de lo que compartimos. ¿Cómo puede ser puro quien se aleja, quien se esconde, quien se excluye de los demás?

Porque eso no es pureza sino cobardía.

La verdadera pureza emerge de nuestra relación con los otros, cuando hemos vencido la mala intención, la codicia, el egoísmo insano, cuando compartimos lo que los demás necesitan y no lo que nos piden, cuando ofrecemos lo que los demás necesitan y no lo que queremos dar. Lo puro no tiene intenciones; es la simple manifestación de lo que «es», más allá de lo que nos parece. Es la sensación de saber que estamos en lo correcto cuando dejamos que los demás encuentren su propia «corrección». Es no decidir por lo demás,

menos obligarlos a ser lo que no son.

La pureza está inserta en la vida y la vemos todos los días, a cada instante, en las plantas, los insectos, los animales, que simplemente siguen el mandato de la Naturaleza.

El hombre puro es el que sigue su camino sincero, el que reconoce sus debilidades y construye sus fortalezas, el que lucha para ser mejor, el que se ocupa de aportar a los demás a lo menos una sonrisa cada día. El que huye de la violencia, de la maledicencia, de la crueldad, del odio y la simulación hipócrita. El que tiene el valor de reconocer sus errores y enmendarlos, el que sabe que su futuro no es más que obras y se empeña en que sean generosas.

La pureza no está en las grandes manifestaciones, en los alardes faranduleros; basta un guiño para saber si alguien es puro. Los que requieren de propaganda son los impuros, los que intentan esconder su miseria espiritual bajo las caretas teatrales, los que

alardean de su generosidad, los que vociferan su bondad. La pureza es silenciosa.

La pureza es cristalina.

La pureza es invisible para los malvados.

La pureza sólo vive en la calma de los seres felices.

La pureza crece y se multiplica solamente entre los individuos libres, aquellos que no creen, que no aceptan como propias las verdades ajenas, que no imponen las verdades propias a los demás.

La pureza crece en los árboles, con los árboles, en el húmedo bosque que da vida a su propio universo.

La pureza navega en los mares, crece con las montañas, se desliza en los arroyos. La pureza es ingenuidad porque la ingenuidad limpia la mirada.

La pureza es la máxima manifestación de la inteligencia.

¡Cuán fácil es vivir en la pureza! Sólo exige

autenticidad. Pero ¡cuán difícil es ser auténtico! Y en esa contradicción diluimos la preciada existencia, sin pudor, sin lástima, sin inconvenientes. Nos ensuciamos porque queremos hacerlo, porque perseguimos las quimeras de lo evidente que no es más que farándula, o la mentirosa fantasía que nos produce la pasividad.

La pureza no está en los ídolos; aquel que necesita un guía está perdido para siempre.

La pureza no está en las ideas, en las opiniones; aquel que cree por creer no es puro, sino cobarde.

La pureza sólo es posible cuando logramos extirpar la corrupción de nuestra mirada.



La pureza crece y se multiplica solamente entre los individuos libres, aquellos que no creen, que no aceptan como propias las verdades ajenas, que no imponen las verdades propias a los demás.



## CUATRO

No existe la Verdad.

La Verdad es el corredor de la muerte.

La Verdad es la ilusión del fracasado.

Hay en mí una sola certeza: estoy vivo, formo parte de ese arsenal de la biología que dispara sus dardos por todo el universo esperando que algo germine, que algo se colme a sí mismo, fluya y erupcione, para convertirse en algo.

¡Qué desperdicio la vida del hombre que no percibe su grandeza! Y son los mismos que imponen «verdades» a los demás, que creen tener las respuestas...

¡Infames! No son más que trazos de esperma desperdiciados.

Porque la grandeza, la auténtica, no está en el dominio de los demás sino de sí mismo, en aquel que es capaz de luchar contra su oscuridad, de poner luz en

su interior, para poder buscar ese «sentido» que le cohesiona con todo lo demás.

Somos partículas de un sueño sin sentido que reclama existencia. Y es en ese sinsentido donde germina lo mejor, lo más pleno... nuestras «verdades».

¡Cuántos bellacos se han dedicado a nublar el sentido de la realidad con sus fantasías criminales! Y a todas ellas las llaman «Verdad».

No existe la Verdad; sólo las mentiras pueden erigirse como Verdad.

Hemos hecho un camino equivocado, hemos seguido la ruta inversa, navegando por las ilusiones que satisfacen el «ego» y hemos arriado las velas para que el calmo mar de nuestros deseos nos deje siempre allí, varados en el deseo de nuestro «ego». Pero, en cuanto emerge la tormenta

que nos tuerce, maldecimos la tormenta, cuando deberíamos maldecir nuestro «ego».

Cada impulso de nuestra existencia es un aviso de la Vida, es el mensaje de lo que «es» como debe ser, con ese deambular infinito que nos lleva de aquí para allá, sin intención, sin ánimo malicioso; simplemente es el «porvenir», que se esconde en el recodo del camino, para señalarnos con total claridad que no somos dueños más que de nuestra voluntad.

Todo lo demás no tiene valor y las «verdades» menos que nada.

Pero nos aferramos a ellas como el náufrago al tablón podrido, atrasando nuestro inevitable ahogamiento.

¿Qué haríamos sin las «creencias»?

¿Qué sería de nuestra existencia si no contáramos con los podridos tablonés de las «verdades» que tanto nos seducen porque parecen llenar nuestros vacíos con facilidad? Pero pronto tenemos que arrebatarle el tablón al vecino porque el

nuestro ya no nos soporta. O decapitamos a nuestros adversarios para que no nos aplasten con sus evidencias y para construir con sus cabezas nuestras creencias. Porque *queremos creer* por sobre todas las cosas, para poder cobijarnos bajo el piojoso manto de las «verdades» que otros han puesto sobre nosotros, simplemente para poder convertirnos en sus siervos, en sus ovejas, en un rebaño de creyentes sin voluntad propia, sin sentido real de la vida, asesinando la fuerza de nuestra curiosidad redentora.

El «error» es nuestra salvación; gracias a él nos sentimos realmente vivos.

Nuestras equivocaciones son las que construyen nuestro destino y aquellos que dicen ser infalibles sólo son embusteros.

La Verdad es nuestra tumba; aquellos que nos dicen que ya lo han conquistado todo, no hacen más que chapotear en la sucia charca de sus pavores. Sólo quieren intimidarnos para poder convertirnos en materia inerte con la cual modelar sus locuras

egóticas, para poder salvarse del hundimiento de sus naderías. La Verdad es estancamiento; la Vida es torbellino.

No quiero la Verdad porque no quiero la Mentira; prefiero la búsqueda sin compromisos.

Pero el mundo lo construyen los embusteros simplemente porque se lo permitimos, porque a las muchedumbres adormecidas le resulta más fácil aceptar que pensar, acatar que construir, someterse que luchar.

Así es como la Verdad, esa ramera contrahecha fabricada con los espasmos del goce egótico y la automutilación de las masas vacilantes, termina por convertirse en la reina de un imperio repulsivo. La Verdad es un páramo; la Vida es un bosque.

La Verdad justifica la injusticia; la Vida sólo se justifica a sí misma.

Verdad y Vida son los polos opuestos de lo humano. Por eso que la Verdad debe aniquilar la Vida para existir, y es en esa

contradicción absoluta donde se resuelve la mayor pasión de ese devenir humano que no sabe lo que quiere, porque quiere lo que no es humano.

Es el temor de las muchedumbres por lo ignoto, que es el estímulo de la Vida misma, lo que convierte nuestro devenir en un camino recto, árido y agotador, que sólo busca permanecer en lo conocido, cuando es sólo en lo desconocido donde podemos encontrar las respuestas.

Por eso las muchedumbres adoran la ensoñación, porque es en el adormecimiento donde pueden existir sin tener que enfrentarse a la realidad que les haría ver su miseria.

Entonces, cuando uno se asoma por sobre los miserables dogmas y cuando logra uno desprenderse de las cadenas de los paradigmas, cuando puede uno vislumbrar la belleza de lo vario, la grandeza de lo inefable, la virtud de lo desconocido.

Es necesario torcer el camino, torcerlo miles de

veces si es necesario, crear miles de caminos si es necesario, dejarse arrastrar por las incógnitas, aunque sean aterradoras, como única forma de salvación, porque sólo en el descubrimiento es posible la redención; porque no hay redención en las charcas ni en los pantanos. La mentirosa Verdad nos vende una redención común, una salvación de ganado; la Vida nos ofrece la redención de la incógnita que nos obliga siempre, a cada instante, torcer el camino para ver la realidad.

Quienes quieren una vida suave no quieren vivir; simplemente quieren estar, ver pasar la vida frente a sus ojos y soñar con que es suya.

Así es como se corrompe la mirada, cuando ves lo que quieres ver, cuando te niegas a observar.

Más aún, cuando te niegas a mirarte en el espejo de la realidad porque no te agrada tu propia imagen y, por eso, la sociedad inventa las máscaras, las mentiras hechas a medida que se colocan los cobardes para negarse a sí mismos y

poder, de esa forma, negar a los otros.

Porque si niego a los otros ya no tengo que luchar; la comparación se convierte, de ese modo, en la única medida necesaria y suficiente, en esa cálida mierda que todo lo justifica y en la cual siempre el mediocre que ve es mejor que los demás mediocres que no ven, que solamente se dejan llevar.

Y a eso se le llama Verdad; la esclavitud de lo pusilánime, el camino pavimentado que te lleva a lugares conocidos, pero que ha cubierto todo lo bello de la vida para que nada te distraiga en el tránsito al patíbulo de la existencia.

Porque la Vida es amazónica, un entramado maravilloso que nos obliga a buscar los recovecos, a construir nuestros propios senderos, a planear nuestras propias rutas hacia lo desconocido.

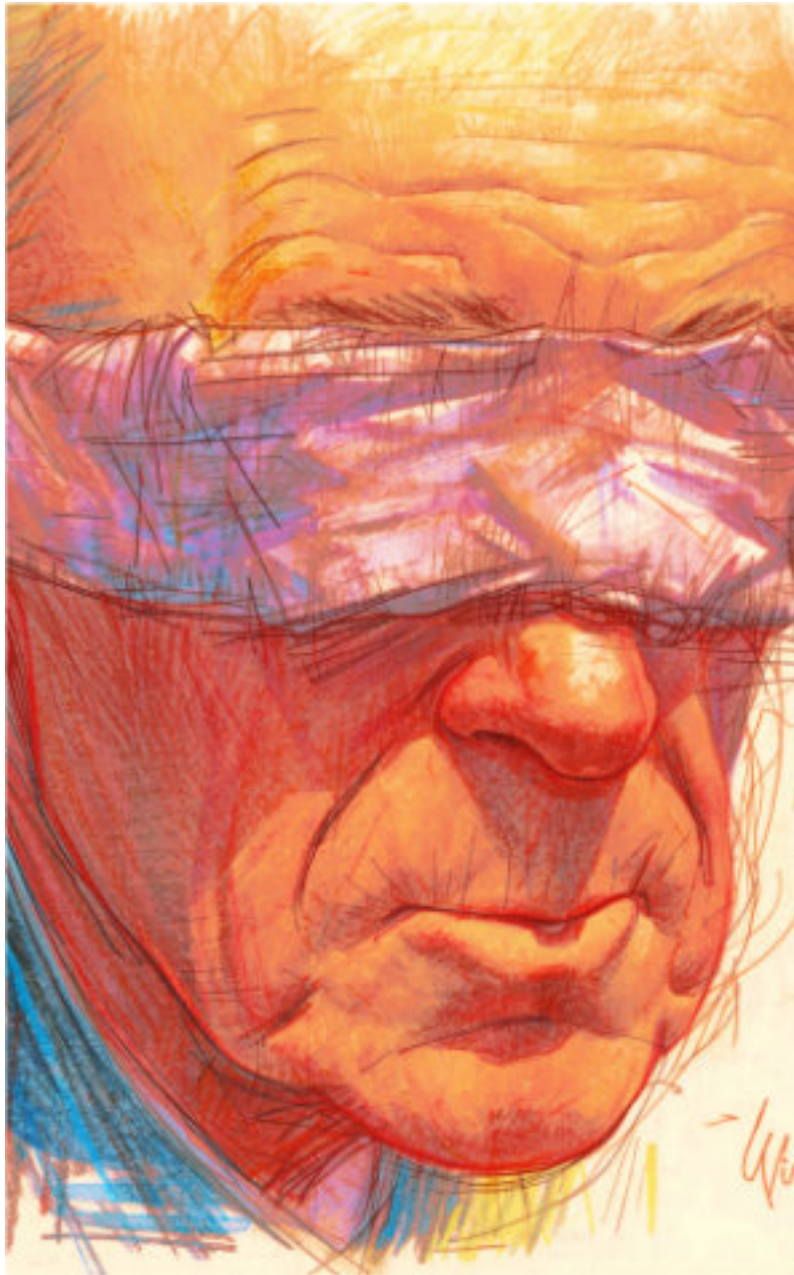
No existe la Verdad.

Lo más bello que nos ofrece la Vida son las incógnitas y sus infinitas contradicciones. Y es con

ellas con lo que podemos construir lo propio, lo nuestro, lo auténtico.

Tuerce tu camino; no te arrepentirás...

Nuestras  
equivocaciones son  
las que construyen  
nuestro destino y  
aquellos que dicen  
ser infalibles sólo  
son embusteros.



## CINCO

Ver o no ver, ese es el dilema.

La mirada tiene muchos recovecos.

El deseo dirige la mirada.

El placer dirige la mirada.

La necesidad dirige la mirada.

La incógnita motiva la mirada.

Ser el dueño de tu mirada es ser dueño de sí mismo, de tu deseo y tu placer. Si quieres ver lo auténtico, no mires lo que se ve; intenta observar su «sentido».

Movimiento y quietud; tu mirada es la que decide.

Lo bello, lo puro y lo auténtico no está en lo que se ve, sino en tu mirada.

Todo lo demás es un regalo.

La mirada es la luz o la oscuridad; es la fuerza que

te lleva a lo real o el miedo que te encierra en la tumba de tus ilusiones vanas.

Lo tienes frente tuyo, siempre ha estado allí, esperando que tu mirada lo confirme, le reafirme, lo descubra para la eternidad.

Ninguna ilusión es capaz de acercarse a la belleza y la claridad que podemos conseguir con una sola mirada auténtica.

¡Desnúdate! Rompe los torcidos trajes que te han impuesto, las camisas de fuerza que te exige la multitud, y observa...

¡Cuánta miseria podemos ver en lo humano cuando nuestros ojos se abren por primera vez! Todo es poder, riqueza, muerte y crueldad, persiguiendo un propósito que nadie entiende y que no tiene futuro ninguno.

Y sin embargo...

No luches para que lo demás te vean; busca sólo a

aquellos que quieren ver. Es mejor ser invisible para quienes tienen la mirada feroz.

No permitas que tu mirada se contamine con la ferocidad de los otros porque entonces serás tan ciego como ellos.

No permitas que la mirada cruel rompa con tu alegría; no permitas que tus ojos sean cubiertos por la niebla de las bajas pasiones de los bárbaros.

Y si es necesario para salvar tu mirada, cierra los ojos; no ver la implacable violencia o la solapada crueldad te protege de la corrupción. No es necesario verlo, pues conocemos bien las simas del alma humana.

Tu mirada es la vertiente que nutre tu espíritu.

No es lo que ves lo que te determina, sino cómo lo ves, cómo lo atrapas, cómo lo sumas a tu espíritu.

La mirada no es más que un mecanismo; quien lo opera determina su propósito.

Pero no sólo hay que ver lo que se ve, sino especialmente lo que no, lo que se esconde, lo que subyace a lo visible y se presume.

La mirada verdadera no tiene filtros; ve con la cristalina sensación del niño que no comprende pero que intuye. Porque la verdadera visión de la vida es la proyección de nuestras inquietudes. Somos esclavos de nuestros deseos y ellos dirigen nuestra mirada hacia lo que queremos ver; romper con su imperio es abrir el campo de la visión como el ave rompe el aire en su vuelo.

Todo lo que nos rodea es un universo, cuajado de millones de alternativas y fuerzas que tiran y empujan en todos sentidos buscando su manifestación, su redención, plasmar su existencia, poner su marca como se planta la semilla, porque es función esencial de la vida el prevalecer pues si no perdería su sentido. Es con la mirada que la vida descubre su destino, dónde poner su semilla, dónde aferrarse...

Transitamos por la vida como durmientes, sin darnos cuenta de lo que nos rodea, sin intentar siquiera descubrir las infinitas tensiones que contraen y expanden nuestra existencia, silenciosa e invisiblemente. Estamos ciegos frente a nosotros mismos. No percibimos el juego en el cual estamos insertos, siendo juguetes y no jugadores, todo ello porque no sabemos mirar.

Debemos correr la cortina, el velo que intenta engañarnos, cubriendo lo auténtico con las ilusiones de los poderosos, con los espectros de nuestros miedos. Y veremos que todo es simple, llano, abierto, libre de todo prejuicio. Porque en el Universo no hay diferencias y todo, absolutamente todo, pulsa en un solo sentido: la existencia.

Y veremos que cada cosa que nos rodea nos cuenta una historia, su historia, tan valiosa y trascendente como cualquiera, porque forma parte de la existencia.

La vista no solamente nos cuenta de lo cercano y lo distante, sino también de lo

interior; ver lo que llevamos es tan importante como ver a dónde vamos. Tan importante que determina lo que somos y lo que hacemos. Porque aquello que llamamos «talento» no es sino nuestra mirada en acción.

Ver o no ver, aprehender en cada momento lo que construye nuestro ser para descubrir que, aunque seamos una insignificante mota de polvo en un universo gigantesco, «somos», y eso es lo importante.

Y lo que seas, cualquier cosa, depende de esa mirada, de esa visión, de esa capacidad de proyectar lo que hay fuera en tu interior, y no al revés como siempre te han obligado a creer los mistificadores. Porque lo que fluye de un interior no es sino el reflejo de aquello que ha alimentado tu mirada.

Porque ver es lo esencial, lo primordial. La mirada es lo que justifica la luz.

Cada destello que ingresa por ese laberinto del ojo al cerebro deja una huella y marca una fuerza, una

intención, que se convierte en reveladora cuando le permitimos vivir sin aplastarla con las vulgares creencias que empañan la mirada.

La vida es un estallido; cada existencia es un Big Bang. Todo es luz en la vida, toda se resuelve en la mirada; la existencia misma sin mirada no existe.

Y sin embargo...

Sin embargo, derrochamos nuestros ojos en vulgaridades y fealdades, en destellos de sospechas y lanzazos de odio.

Nos negamos a ver lo bello y lo sano, lo que se resuelve como vida misma, prefiriendo caer en el oscuro pozo de lo infecundo, de lo torcido, de lo que se oculta tras la niebla de nuestros miedos y rencores.

¡Cómo desperdiciamos nuestras virtudes! ¡Con cuánta elegancia la Naturaleza deposita en nosotros el resultado de milenios de

perfeccionamientos para que nosotros los malgastemos en vilezas! Y no nos damos cuentas de la importancia del *ver*, del *observar*, del hacer latir en nuestros ojos la vida de lo ajeno, de lo que, estando fuera, está también dentro. ¡Hemos desbocado la vida por la corrupción de la mirada! Sólo vemos lo que

nos agrada, lo que entendemos, lo que esperamos y todo lo demás, si no es rechazado, es ignorado, sin comprender que el Universo es una esfera de completitud, donde nada es desperdiciable.

¡Abran los ojos! ¡Miren! La vida se les escapa porque no quieren ver, porque siguen poniendo ante la mirada los velos del temor.

Cuando logremos vencer nuestras pequeñeces —que tan grande nos parecen— podremos ver con verdaderos ojos.

Somos la consecuencia de cómo vemos; nada más...

La vida es un estallido; cada existencia es un Big Bang. Todo es luz en la vida, toda se resuelve en la mirada; la existencia misma sin mirada no existe.



## POST

¿Qué es la cultura?

Es todo conocimiento sensible que permite a la persona obtener una visión más profunda y, a la vez, más elevada, de sí mismo y del universo que le rodea.

¿Cómo se obtiene?

Observando. Porque no solamente vemos con los ojos; aún aquello que entra en nuestros oídos o por la dilatada nariz, aquello que enerva nuestra piel o estimula el sabor, produce en nuestro interior las imágenes de su expresión.

Todo se resuelve, en la mente humana, por medio de lo figurativo, incluso lo más abstracto que sólo podemos comprenderlo por medio del ejemplo visual.

Somos tan dependientes de la mirada, física y mental, que sin ella estaríamos total y completamente ciegos, al punto de no poder comprender absolutamente nada de lo que nos rodea,

ni de lo que tenemos dentro.

La mirada, como forma de pensar la vida, es el instrumento esencial de la consciencia. La mirada es el todo del pensamiento, es la esencia de la idea, es la fórmula de lo creativo.

Cuando oímos una sinfonía, sin los destellos que produce en nuestra mente seríamos incapaces de comprender su significado o, por lo menos, aquellos que despierta en nosotros, íntimamente.

Todo lo que sucede a nuestro alrededor, sino no se transforma en una imagen capaz de alterar nuestra atención, simplemente no existe.

Es por esa razón que incluso los ciegos producen imágenes en su cerebro, porque la vida es, ante todo, figura, forma, contorno, silueta...

Toda vida debe estar

contenida en un cuerpo y todo cuerpo es forma y toda forma es expresión y toda expresión es idea. Somos lo que ven nuestros ojos y si corrompemos la mirada, corrompemos la vida misma.

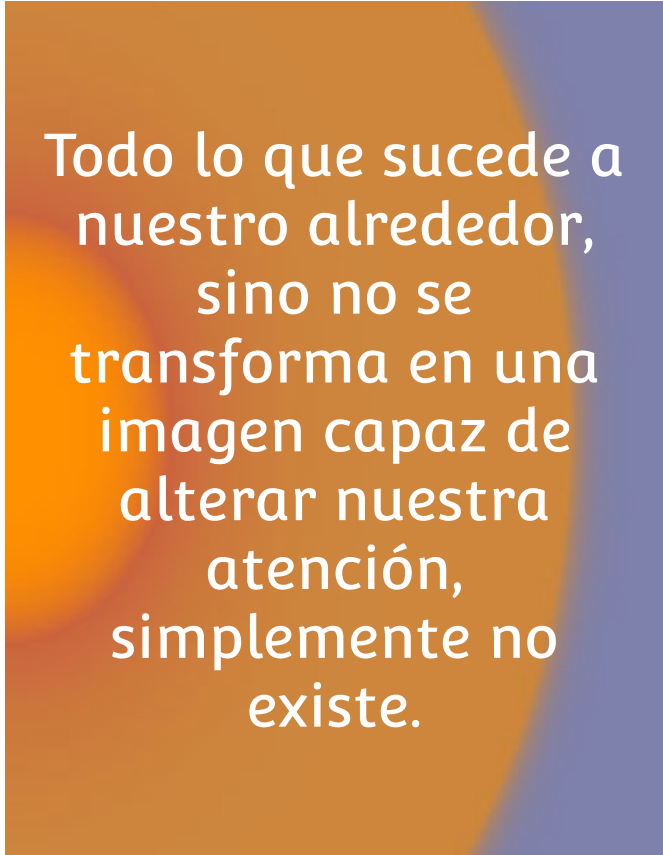
Pero ¿no es lo que hemos venido haciendo desde siempre? Buscamos crear nuestro propio mundo, creado a nuestra imagen y semejanza, destruyendo todo lo que no se acomoda a él, sacrificando incluso nuestros más preciados valores con la única finalidad de hacer prevalecer nuestra pedante vanidad, cuando sería suficiente con observar con atención, utilizar nuestra mirada, sin corromperla con nuestros deseos, para comprender que ahí está nuestra vida real, la auténtica, la que nace de la realidad ineludible que nos

golpea permanentemente en el rostro porque no queremos verla y es que *somos ella*, no importan nuestros deseos, no importa nuestro engreimiento.

¿Por qué no lo comprendemos?

Simplemente porque hemos creado nuestras propias imágenes que nos satisfacen el ombligo. Nos hemos repetido durante siglos que somos la especie más importante, destinados a reinar en el Universo, cuando no somos más que una bacteria sofisticada.

Cuando logremos limpiar de toda esa corrupción nuestra mirada, podremos ver nuestro auténtico destino, que no es otro que poner nuestro ingenio al servicio de lo bello, lo puro y lo verdadero.



Todo lo que sucede a  
nuestro alrededor,  
sino no se  
transforma en una  
imagen capaz de  
alterar nuestra  
atención,  
simplemente no  
existe.



Una declaración de  
intenciones respecto  
del arte...